

Jesús Ruiz Mantilla

Franco y yo



JESÚS RUIZ MANTILLA

Franco y yo

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2025

© Jesús Ruiz Mantilla, 2025
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 85-2025
ISBN: 978-84-10317-57-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A mis padres,
porque juntos aprendimos lo que
significaba la libertad*

Este es el tiempo de los asesinos.

ARTHUR RIMBAUD,
Iluminaciones

UNO

Franco y yo

Franco es Franco y yo soy yo.

Aun así, algo nos une de manera íntima y natural, seguramente contra nuestra propia voluntad y pese a marcar abruptamente las distancias. Algo que ignoro y conozco, que aprecio y detesto, que admito y rechazo. Algo a lo que me resigno y contra lo que me rebelo, me vence y me alienta, me repele y me atrae, me mortifica y me llena de vitalidad, me aleja y me acompaña. Algo que no quiero ver, pero deseo entender, que me ciega y me ilumina, me aterra y me motiva, me entusiasma y me exaspera, me enloquece y me sosiega, me intriga, me tranquiliza y me lleva a pactar conmigo, con vosotros, con él, con ellos, con nosotros...

El corto espacio temporal en que convivimos me ha marcado para siempre. Llevo una ya larga vida con él bajo tierra, pero continúa presente con esa grave pesadez de la que necesitas tirar como argumento para explicarte muchas cosas, tanto para deshacer su estela o para asumirla como parte innegociable del camino. Representa un trauma generacional en diferentes dimensiones. Un orgullo para muchos de nuestros congéneres: un lazo y una cadena. Un tétrico ejemplo a no seguir. Una desgracia, una vergüenza, esa pobreza de espíritu necesitada de ínfulas capaz de producir la mayor movilización colectiva que recuerdo y he experimentado como cambio de mentalidad. Es también la culpa de un atraso, la evidencia tenue y sólida de una tiniebla. La única verdad para tantos, una incómoda realidad, esa presencia. Un asesino, un salvador, el mal menor, un superviviente amarrado al

salvavidas de aquel buque hundido que fue España y reflató por méritos propios y no de salvapatrias. Soltó amarras, pero no tiró por la borda todos los cabos. Un tipo con suerte, el rey de la baraka, la efigie sin sangre, el gallego sin límites en su propia ambigüedad y para su provecho. Un discreto calculador de sus vastísimas ambiciones. Militar, ante todo, y sobre todo, temerario en su juventud, reservón en su madurez, austero y asexuado, sin perder apenas el control ya viejo. Hábil ventajista sin ninguna inclinación al martirologio, pero sí a la hora de sacar partido de sus propias víctimas correligionarias para jugar sus cartas. Un experto en todo lo que no admitía serlo: en política, en conspiraciones, en mando civil. Un carnicero congelado. Seguramente un ateo de misa diaria que no creía en otro Dios, salvo sí mismo, un trilero de las ideologías convenientes sin que nunca dijera adscribirse a ninguna concreta más allá del negacionismo sistemático de lo que no le agradaba. El paradigma existente del fascismo más eficaz sin quererlo del todo y sin que aún hoy muchos historiadores se decidan a calificarlo como tal. Un urdidor de su propia leyenda en varios tránsitos: desde la iconografía totalitaria a la cultura pop. Un acomplexado lleno de traumas que supo vengarse en otros, hasta el final, de sus debilidades. El único miembro tangencial del triángulo del eje maléfico en la Segunda Guerra Mundial que murió en la cama. Riéndose a dos papos desde 1945 de los sueños de grandeza y los desprecios que le propinaron Hitler y Mussolini, con tiempo suficiente por su parte para sobrevivirlos y aprender la lección de cómo acabaron. Un rompecabezas y un enigma. Una sencillez impostada dentro de la egolatría. Aquel que décadas después de muerto sigue incordiando y asustando, amedrentando y captando adeptos incluso entre algunos mocosos nacidos en el siglo XXI y mileniales que sólo llegaron a conocer su estela sátrapa de oídas, sin ser capaces de saber valorar el presente de lujo comparado con ese pasado que con tanta frivolidad admiran.

En lo que respecta a mí, yo no cuento, no importo, carezco siquiera de nombre. Lo padecí y me aproveché de él. Nuestra relación ha sido continua, labrada a dos bandas. Pertenezco a una generación que nadó en dos orillas cuando fue formada. Anduvo atada a la oscuridad, perfumada de incienso y cimbreada a base de misas, rosarios y ecos tan lejanos como hogareños de familiares que mezclaban el «Cara al sol» con las canciones de Raphael, Marisol o Nino Bravo, pero que también abrió de par en par la ventana de la libertad y tomó aire, inspiró y espiró la frescura de la naciente democracia por donde ya se colaban las letras de Joan Manuel Serrat o Luis Eduardo Aute para enseñarnos hacia qué horizonte deberíamos dirigirnos. Tuvimos que aprender de cero, entre el temor que se respiraba en las casas al regreso de los fantasmas de la guerra o la denodada y rotunda apuesta contagiosa por otro futuro. Vivíamos una tregua sosegada sin meternos en líos, centrados en el día a día, sin sueños ni aspiraciones a paraísos terrenales porque habíamos conocido el infierno y lo sentíamos como posibilidad fraticida en cada esquina: mira que con nosotros no se puede, mano dura, nos deben atar en corto, si no... Ese «si no», condicional, separado, se podía juntar en un sustantivo sino de sangre, incompreensión e imposible convivencia con quienes habían sido expulsados, de quienes apenas teníamos noticia: sólo silencio. No sabíamos apenas nada de aquello, de la diáspora, de las fosas, de los fusilamientos, de la saña... Pero aprendimos. Aprendimos que habíamos sido amputados como pueblo, desarmados, humillados. Sólo un puñado de palabras podían obrar el futuro: perdón, reconciliación y, algo más tarde, reparación. Pero quedaba tiempo para eso. Fuimos enterándonos, con mucho mérito, curiosidad callada, los ojos abiertos y la disposición hambrienta de quien desea aprenderlo todo rápido, aun a riesgo de no saber saborearlo. Después de una infancia presidida por su imagen, labrada agradecidamente en derredor por habernos librado de todo mal y proveernos de pan y trabajo, me he tenido que desprender de él a conciencia. A pesar de todo, Franco ha permane-

cido en mí, vivo, alrededor, cuando estaba muerto. Lo he profanado, escupido, vilipendiado, me he cargado de argumentos en su contra y reído de tantos aquellos que me lo defendían. He abierto los ojos y cerrado los brazos a todo lo que apestara a su inspiración y su preeminencia. Aun así, no me deshago de él, no nos deshacemos de él, no soy capaz de esputarlo, ni de vomitarlo, de limpiarme, ni purificarme. Me rodea, me anquilosa, me corroe. Me obsesiona, me atrae, me distrae, me espeluzna. Es concreto e invisible. Fantasmal y corpóreo. Un alma en pena que aún nos mortifica y se ríe de nosotros consciente de mantenernos atados a su legado, a su manera de ver el mundo, a su mentalidad, incluso cuando más nos resistimos, cuando más nos atenaza, nos paraliza, nos remonta en nuestra propia resignación al advertirlo junto a algo o detrás de muchas cosas. Quienes coincidimos con él en vida no nos libramos, no nos liberamos: aceptamos nuestro antifranquismo como guía vital, como parte intrínseca de un resto del propio franquismo, así como un ateo debe negar a Dios porque previamente ha reconocido su existencia. Al mirar hacia delante no podemos dejar de prestar atención hacia lo de atrás. Es una carga y una condena, apabulla incluso en nuestra propia voluntad de desatarnos. Una perversión, una atrofia. Una semántica, una sintaxis, una ortografía, un vocabulario, un lenguaje...

Cuando yo nací, Franco empezaba a morirse...

Fui el primer nieto, el más temprano sobrino, el único hijo. Vine al mundo con cuatro kilos y trescientos gramos, suficiente peso y una cabeza prominente como para ocasionar una fatal infección en las trompas a mi madre. O, mejor, para que estas no resistieran las exigencias de un parto primerizo. Al formularlo de esta manera alejo los fantasmas del trauma y el sentido de culpa. Lo que no puedo negar es que aquello marcó demasiado mi destino de soledad en plena generación *boomer*. No

soy capaz de calibrar hasta qué punto eso ha determinado mi personalidad, mis ansiedades, mis miedos, mi soberbia, mi necesidad de refrendo, mis fortalezas o debilidades, mis caprichos y autoexigencias. No tuve hermanos. Los pedía insistentemente a los Reyes Magos, incapaz de comprender la evidencia médica de la lesión que sufrió tras el parto quien me trajo al mundo. A aquel mundo... A aquellos hogares de tribus pater-nas y maternas que podrían encuadrar la tipología del franquismo sociológico *per se* y, aun así, como todas las familias que se adoran y se detestan, despuntaban por sus originalidades, por sus costumbres y sus locuras, por sus secretos y sus convenciones, muchas veces inconsciente y espontáneamente anticonvencionales.

Me conozco ahora por medio de las fotografías previas a cumplir tres años. Pese a mi rotunda aparición con físico de bebé bien cebado en la placenta, fui adquiriendo un aspecto más leve, más raquítrico, que muy pronto se recondujo, a base de una dieta desequilibrada con traumas de posguerra y antojos pertinaces, en kilos de más. Hasta hoy. Sé que fui la atracción principal en una casa de ocho hermanos, los de mi madre. Y la joya en disputa de un gineceo poblado de tías solteras en la familia de mi padre. Evito los apellidos y algunos nombres, principalmente el mío, porque realmente carece de importancia y se diluye en un colectivo anónimo pero narcisista elegido como personaje: en ese yo, en este yo.

El domicilio de mis abuelos maternos anda más presente en mis primeros recuerdos que mi propia casa. Gabriel, el patriarca, había luchado con los nacionales, trabajaba en *el banco* como jefe de riesgos y se casó con una adorable y bellísima maestra de escuela, que aportó tino, sosiego y paz a cada rincón del hogar formado por ambos. Mi abuela María del Carmen... De mi propio domicilio, apenas rastro, hasta algo más tarde. Sólo recuerdo la oscuridad de un pasillo, ni siquiera aquella tarde en la que a punto estuve de perder la vida cuando se me cayó un armario encima y, de milagro, por suerte, por

pura potra, me salvé colándome por la puerta que se abrió mientras se desplomaba aparatosamente el monstruo de madera y yo con mi tacataca lograba introducirme hacia dentro, sin mácula, sin apenas un rasguño y con mi madre y mis tías sin atreverse a levantarlo por pavor a verme allí aplastado. No lo recuerdo, insisto, pero me lo han contado tantas veces...

Fue la primera evidencia de mi buena suerte, como le ocurría a Franco con la baraka y esa leyenda que comenzó a labrarse en Marruecos sobre su persistente complicidad con la fortuna. Pero aquel año de mi nacimiento, 1965, se le había torcido. Como decía, yo vine al mundo cuando él comenzaba a apagarse. Un año antes, en 1964, ya empezaba a no poder disimular los efectos de la enfermedad de Parkinson. Lo aislaba del entorno más incluso que la obsesión por mantenerse frente a la televisión. Fue un año movido en la calle y más o menos estático, bajo control, en el palacio del Pardo. Los estudiantes protestaban ya con cierta incidencia sobre las decisiones del Gobierno en Madrid y Barcelona. Despertaban. Algunos profesores quedaron apartados de sus cátedras, como José Luis López Aranguren, Agustín García Calvo y Enrique Tierno Galván. Pese a no poder frenar lo que bullía, la esclerosis del régimen pretendía dar pasos adelante, pero en una dinámica agotada dentro de sí misma, como trató de hacer con la Ley Orgánica del Estado. Menudo nombre. Aseguraba en teoría el futuro del régimen, el franquismo sin Franco, y fue aprobada en referéndum, como un gesto de magnífica condescendencia por parte del Generalísimo en un ensayo de democracia disfrazada. Él la hubiera retrasado, pero quizás la presión de la calle le obligó a demostrar que algo hacían para cambiar no se sabe bien qué en aras de lo de siempre: seguir al frente. Un maquillaje torpe para el continuismo. También se aprobó la Ley de Prensa de Manuel Fraga, en teoría aperturista, aunque el dictador lo dejara claro: «Yo no creo en esa libertad de prensa, pero es un paso al que nos obligan muchas razones importantes». ¿Cuáles serían aquellas razones importantes? Ni más ni menos

que las del principio de Lampedusa, las gatopardianas: algo, una ínfima partícula debe cambiar para que todo siga igual. También transmitió al ministro encargado un consejo que no pasó desapercibido dentro del manual y el estilo de la casa: «No seamos demasiado buenas personas. Utilicemos, como todos, los medios indirectos de control». Es decir, que ni por asomo aquello iba a convertirse en jauja. Nada de escribir ni contar lo que a cada uno le diera la gana.

Pero el anuncio más determinante de aquel año fue indirecto y rotundo. No lo hizo él, sino el propio Fraga. Y fuera de España, en Londres, dentro de una entrevista a *The Times* el 25 de noviembre de 1965. Yo tenía veintidós días cuando se dio el espaldarazo a la sucesión. Al morir Franco, le seguiría Juan Carlos de Borbón como rey al frente del Estado. Todo el mundo tomó nota. Sobre todo, don Juan, su padre, a quien le birlaron definitivamente la línea de sucesión.

Así terminaba aquel año. Conmigo en el planeta Tierra ocupando plaza en Santander y con Juan Carlos, príncipe, despejado el horizonte hacia el trono. 1965, año de *Rubber Soul*, en el que The Beatles sacan a la luz la canción favorita de mi abuela María del Carmen, «Michelle», y reciben la orden de miembros del Imperio británico de manos de la reina Isabel II. Debut de Serrat en Radio Barcelona. Miro más efemérides: murió Winston Churchill, se creó la Organización para la Liberación de Palestina, Estados Unidos bombardea Vietnam con napalm, llegan las primeras tropas al sur del país asiático y no cesan las pruebas atómicas en el desierto de Nevada a lo largo de todo el año. Se desarrolla el Concilio Vaticano II. Che Guevara renuncia a sus cargos y abandona Cuba justo un mes antes de mi nacimiento, el tres de noviembre, aniversario en mi ciudad de la explosión del barco *Cabo Machichaco*, en 1893, con quinientos muertos, como conté en aquella novela que titulé *Ahogada en llamas*. Comienza en China la Revolución cultural. Charles de Gaulle es reelegido en Francia y las misas dejan de pronunciarse en latín. Surgen The Doors y, esto sí me emo-

cional, Pink Floyd. Entre 1965 y 1968, año de mis primeros recuerdos, todo es tacto y nebuloso pero no conservo en la retina ninguna visión. Sólo la capacidad de escudriñar hacia dentro. Uno de los primeros fogonazos de mi vida, sin duda, fue la primera vez que lo vi: a Franco. En Santander.

Los nervios sólo se podían equiparar a la noche de Reyes Magos. Llegó con ocasión de la Semana Naval celebrada en julio de 1968, como he comprobado ahora. Mis padres buscaron el mejor lugar para atestiguarlo. El balcón del despacho de un abogado amigo de la familia frente al ayuntamiento. Recuerdo, quizás, el aroma de la madera que despedían los muebles y una especie de imán hacia esa terraza. Yo no había cumplido tres años. Y fueron cuidadosos conmigo, el único infante que merodeaba por aquel lugar. Retumbaba el revuelo del interior de la casa y el eco de entusiasmo nada fingido desde la calle. A mí no sé si me asustaba o me entusiasmaba. Siento convocados en la memoria de mi cuerpo, más que de mi mente, unos espasmos de sacudida colectiva, cierto miedo a lo imprevisto, a la deconstrucción de lo cotidiano. Al desorden del orden... Alguien dijo que había aparecido en su Rolls-Royce, pero no sé si lo vi: quizás me cogieron en brazos y me lo señalaron. Luego lo he podido comprobar en un reportaje del NO-DO colgado en la plataforma RTVE Play. Otro también apuntó el momento justo en que apareció en el balcón y saludó con la mano, su sombrero de la armada, el uniforme blanco y las gafas oscuras. Pero más que por distinguir su figura, por los vítores. Habló, debo consultar qué dijo, de dónde venía, adónde se dirigió después. Lo contaré más adelante. Sé que ante mí reinaba esa excitante alegría de las grandes ocasiones. Por cómo transcurrió todo después, apenas nadie debió sospechar que sería la última vez que lo contemplaron *in situ*. ¡Franco! ¡Presente! No sólo ante Dios y ante la Historia. Ante mí, mi familia y mis paisanos. Ya había iniciado su declive y aunque los súbditos del régimen –aún no éramos dignos de ser considerados ciudadanos de nada, ni ante la autoridad ni ante la dignidad de

nosotros mismos— no quisieran o no supieran verlo, la evidencia biológica apenas dejaba lugar a dudas. De hecho, fue en Santander donde saltaron las primeras alarmas de su declive. Tras una reunión de asuntos ministeriales en la ciudad, un miembro de su propio Gobierno rogó que le firmara una fotografía en la que aparecían ambos con otros ministros. «Franco accedió, se puso las gafas, cogió un bolígrafo y luego vaciló, miró al ministro y le preguntó quién era...», cuenta Paul Preston en su biografía fundamental del dictador.

Quienes lo rodeaban empezaron a temblar ante los síntomas. Pero España entonces era un territorio sugestionado, no tanto por la supuesta bondad del único régimen que muchos habían conocido, sino por la sombra y el trauma de la guerra. Apenas nadie, sólo una minoría entre las minorías, osaba ni se atrevía a pensar qué ocurriría en su ausencia, a quién se suponía que debíamos pedir cuentas una vez desaparecido el paradigma de la estabilidad, la garantía a hierro de que no volveríamos a echarnos los trastos a la cabeza. Todo eso sobrevolaba sobre las resignadas existencias de las clases medias, sin apenas tiempo o distracciones más allá de un ocio reglado firmemente por la Iglesia y los vaivenes de cualquier familia. Un país en el que, como mucho, en provincias, el tiempo libre lo dominaban las misas —obligatorias, por otra parte—, el cine, el fútbol y los bailes, fuegos artificiales y las ferias de las fiestas patronales.

Aquel día Franco se hizo carne frente a su estatua, entre pancartas de gentes a las que habían trasladado desde toda la región y una mayoría entusiasmada de adeptos. Habían plantado la escultura allí tarde, en 1964. Pero la retiraron aún mucho más tarde, en 2008, cuando sólo quedaban en pie en España la de Santander y la de Melilla, esta última sin caballo. Así que tenemos el mérito de ser la última ciudad de la península donde su figura presidió la plaza del ayuntamiento. Su imagen cabalgando era oronda, pero él lució aquel día un tipo fino, producto de la estricta vigilancia a la que le sometía su médico, Vicente Gil. Cuando el Caudillo sobrepasaba los noventa kilos,

le aplicaba un régimen severo y hasta le regañaba. Lo alejaba sin contemplaciones de sus mayores vicios: el *foie*, su plato favorito, el vino para acompañar el queso y las copitas de jerez previas a las comidas. Puede que, junto a su esposa y su hija Carmen, fuese el único ser en la tierra que osaba subir el tono en su presencia o incluso lo abroncaba. El mismo dictador lo llamaba gruñón e inquisidor. En la familia, por entonces y en contra de otras versiones que lo consideraban más austero en eso, Franco, al parecer, se zafaba de las dietas a escondidas picando por aquí y por allá. En eso hemos sido iguales. Esclavos de nuestro sobrepeso, identificados sobre la tiranía de la báscula. En aquella época, sus costumbres se reducían más o menos a actividades fijas: mientras estaba en el Pardo se levantaba a las ocho, se sometía a una sesión de masaje y fisioterapia con el doctor Gil. Desayunaba y hojeaba ligeramente los periódicos. Hasta cumplir los setenta jugaba al tenis y paseaba a caballo por los alrededores del palacio. Los viernes, Consejo de Ministros, generalmente en silencio por su parte. Los jueves audiencias militares y los miércoles, civiles. Esos días se demoraba el almuerzo, pero en general, comía a las dos. Los domingos cambiaba el tercio y después de misa se iba a cazar o a pescar con tiempo suficiente a su regreso para disfrutar por la tarde del fútbol. Todo en su vida despedía señales de tranquilidad bajo control. Salvo en las excepciones en que se dejaba ver para que el pueblo demostrara su júbilo. Como aquel día. Un sábado, seis de julio, verano suave en Santander. Yo, insisto, ni recuerdo el clima, por eso he buscado en los archivos. Compruebo en el NO-DO y en las páginas del *Diario Montañés* y el *Diario de Burgos* lo que fue. También en algunos artículos colgados al azar en Facebook. Un día grande para la ciudad. Las joyas de la armada atracadas en el puerto: cruceros, destructores, fragatas, corbetas, submarinos... Sin duda me llevarían a ver aquel espectáculo probélico después. Todos los gerifaltes, desde el vicepresidente Carrero Blanco al príncipe Juan Carlos, acompañando al Generalísimo. El primero a escasos kilómetros del lugar

en que nació: Santoña. Debía encontrarse muy en casa. El otro en un discreto segundo plano, aunque llamara la atención de algunos sin que se le otorgara todavía un foco excesivo. Franco pasó revista, hubo jura de bandera, se subió al portahelicópteros *Dédalo*, despidió al buque escuela *Juan Sebastián Elcano*, partió en el *Azor*, seguramente hacia San Sebastián. Realizaron maniobras en la playa del Sardinero, como un simulacro de desembarco de Normandía, pero sin tragedias.

Por unos días la ciudad abandonó su rutina de brisa amable y bochornos estivales incómodos. No es casual que yo, niño sin memoria visual hasta entonces, guarde de aquel acontecimiento un primero y casi nítido recuerdo unido a su figura. Así comenzó nuestra historia, esta que ahora os cuento, el lazo, la vida entre Franco y yo.

Índice

Uno. Franco y yo.	11
Dos. Franco fue niño.	23
Tres. Franco se va al Ejército	33
Cuatro. Franco y Castañé I	43
Cinco. Franco y sus novias	55
Seis. ¿Cuánto cobraba Franco?	65
Siete. Franco, sus amigos y algunos enemigos	75
Ocho. Franco, el héroe	83
Nueve. Franco no se moja	93
Diez. Franco y Azaña.	105
Once. Franco y José Antonio	117
Doce. Franco, Generalísimo y, de paso, Caudillo.	133
Trece. Franco gana la guerra	143
Catorce. Franco necesita una ideología	157
Quince. Franco y Hitler.	171
Dieciséis. Franco y Mussolini.	185
Diecisiete. Franco y la larga noche.	197
Dieciocho. Franco y la Iglesia	209
Diecinueve. Franco y los masones	219
Veinte. Franco y los judíos.	231
Veintiuno. Franco y la mujer	241
Veintidós. Franco y los maquis	253
Veintitrés. Franco no tiene ni idea de economía	263
Veinticuatro. Franco aprende inglés.	277
Veinticinco. Franco pintor y escritor con pseudónimos	291
Veintiséis. Franco y los intelectuales.	301

Veintisiete. Franco y Perón	315
Veintiocho. Franco y los rusos	327
Veintinueve. Franco, el Opus y los tecnócratas.	339
Treinta. A Franco no le gustan los curas	353
Treinta y uno. Franco, como un rey: caza, pesca, el <i>¡Hola!</i> , la tele y el fútbol	365
Treinta y dos. Franco y el contubernio	375
Treinta y tres. Franco y don Juan	385
Treinta y cuatro. Franco y Juan Carlos	399
Treinta y cinco. Franco y Castañé II.	415
Treinta y seis. Carrero y yo	425
Treinta y siete. Franco se muere.	435
Treinta y ocho. Franco y la democracia	447
Treinta y nueve. Franco no se ha ido	461